CAPÍTULO 3

Té de limón

Lucía revuelve la recámara entera, metiendo poco a poco algunas cosas en una maleta grande. Hanna la observa sentada en la cama con cara de preocupación.

–Lu, ¿y si vuelves a llamar a tu mamá? ¿Crees que de verdad sea muy urgente?

–Han, mi mamá nunca me había pedido que fuera a México. No así, siempre lo sugiere, pero esta vez fue casi una orden.

Hanna se queda callada ante el estado tan alterado de su amiga y la observa con atención. Mira hacia la ventana y luego vuelve la mirada sobre Lucía. Ella se da cuenta y toma su teléfono, ingresando rápidamente al sitio de una aerolínea. Pero la página se queda congelada. Voltea hacia Hanna y le pregunta:

–¿Tú ya encontraste boleto?

–¡No! Lu, no carga. Yo creo que lo tendrás que hacerlo directamente en el aeropuerto –responde mientras le muestra su teléfono, que tampoco carga la página.

–No me imagino el tráfico, voy a llegar mañana.

–Lu, trata de relajarte y pensar las cosas con calma.

–Hanna, no necesito ver nada fríamente. ¿Pediré el taxi de una vez? –Hanna abre la boca para responder–. No, ¿verdad? Luego es complicado que esperen mucho en la calle.

Hanna se rinde. Lucía puede ser muy obstinada cuando quiere. Deja el teléfono sobre la mesa de noche mientras se escucha la puerta del apartamento. Lucía voltea brevemente y entra al baño. Hanna suspira exasperada mientras Ben entra por la puerta.

–¿Cómo está?

Hanna no responde, solo niega con la cabeza. Lucía sale del baño con una bolsa de cosméticos y le da un rápido beso a Ben.

–¡Llegaste! ¿Te vas conmigo? –Lucía lo mira esperanzada.

–¿A México? –Ben intenta utilizar un tono tranquilo.

–Ajá.

Él voltea a ver a Hanna en busca de ayuda. Ella lo mira sin saber qué hacer. Lucía los mira, visiblemente desesperada.

–Amor, probablemente pueda alcanzarte el fin de semana. Hoy no. De hecho, bueno, ya me dijeron que no puedo estar saliendo de la oficina tan a menudo.

–Yo porque me cancelaron la sesión de la mañana, pero en la tarde tengo dos citas –añade Hanna.

Lucía los mira y asiente. Se sienta en la cama, rebasada.

–Discúlpenme, tienen razón. Creo que a veces les pido demasiado. ¡Es que…! –Lucía solloza mientras siente las mejillas calientes y niega.

Ben se sienta junto a ella y la abraza.

–Tranquila, mi amor. Nosotros entendemos –Hanna confirma las palabras de su amigo desde el otro lado de la cama.

–Son demasiadas cosas. Siento que todo me está pasando justo ahora. ¿Me explico? –Lucía responde a su abrazo, acariciando su mano.

–No desesperes. Todo pasa por algo y…

Los tres voltean al teléfono de Lucía, sonando desde la mesa de noche.

–¡Es mi mamá! –le dice a todos y luego responde–. ¿Hola?... Sí, ma. Estoy buscando vuelos, pero mejor lo haré desde… ¿En serio?

Lucía se sienta sobre la cama. Hanna se acerca más.

–Okey, claro, entiendo. ¿Estás segura?... Gracias, mamá. Estamos en contacto entonces… También yo, bye.

–¿Qué pasó? –pregunta Ben ansioso.

–Mi abuelito está mejor. Mucho mejor. Dice mi mamá que solo fue el susto, mi abuela estaba en la fonda y los clientes fueron los que llamaron a todo el mundo.

–Entonces, ¿tu mamá no había hablado con tu abuela?

Lucía niega con los labios apretados. Dos lágrimas recorren sus mejillas. Ben la abraza.

–Todo está bien. Tranquila.

–Me dijo mi mamá que la perdonara por haberme sacado del restaurante… Que me perdone ella por mentirle.

–¡O que te perdone por no resolver eso! –Hanna se levanta de la cama–. Lulo, deja las culpas tontas a un lado y ponte a planear qué le dirás a Mr. Miller ahora que lo veas. ¿De acuerdo?

–Lo sé, mi abuelo está bien, es lo más importante. Ahora me debo concentrar en resolver lo de La Rochette.

Hanna sonríe y los besa en la mejilla.

–¡Eso! Bueno, me tengo que ir. Me avisan cualquier cosa, ¿sí?

Ambos asienten.

–Te acompaño.

Ben sale de la habitación con Hanna. Los dos van muy callados, ella voltea a verlo con gesto severo.

–Me preocupa Lulo. Es muy fuerte y todo lo que tú quieras, pero siento que, si no resuelve las cosas pronto, caerá y será más difícil ayudarla –Hanna susurra, viendo de vez en cuando hacia la recámara.

–Pues sabe que quiere regresar a La Rochette. Esto la movió un poco, nada más. No la veo tan mal.

Hanna lo observa con atención, él se incomoda un poco.

–Tiene miedo de perder sus sueños. Es todo.

Ella asiente, condescendiente. Lo besa en la mejilla y sale del apartamento. Ben respira profundo y camina hacia la habitación.

El restaurante La Rochette se describe en una palabra: maravilloso. Tres grandes candelabros que cuelgan e iluminan las veinte mesas rodeadas de cuadros, espejos y cobijadas con hermosas flores. La vajilla, traída de Francia, es tan blanca y elegante que da la sensación de comer sobre las nubes. Cada plato tiene una pequeña flor en relieve que siempre resalta a pesar de contener los mejores platillos de la ciudad. Los cubiertos de plata son instrumentos dignos para que los comensales se deleiten con los espléndidos sabores que les esperan, mientras la cristalería fina rebosa con los vinos más exquisitos del planeta. Esta es la idea de perfección que tiene Edward sobre su más grande tesoro.

Aún cerrado, La Rochette transmite esa majestuosidad que lo invade en las noches. Lucía, parada en el recibidor, frente al enorme espejo que abarca toda la pared, se pregunta si es la última vez que verá el restaurante. Se siente confiada, Edward tiene que escucharla, está segura de que lo hará. Aunque, seguramente, arqueará sus maravillosas cejas de vez en cuando. ¿Maravillosas?

–¿Qué haces aquí?

Amanda camina altivamente hacia ella. Lucía voltea a verla. No, no se puede negar que es una mujer muy guapa. Su arreglo, casi siempre faldas o vestidos de colores chillantes o *animal print*, llama mucho la atención. Su estilo es algo similar al de Hanna, pero Amanda necesita llamar mucho más la atención, desea que todos la volteen a ver y la admiren. Su cabello, siempre impecable, es arreglado por un profesional todos los días. No permite que la vean sin arreglar.

–Hola, Amanda. Vengo a hablar con el chef.

–¿Amanda?

–Disculpe, Mrs. Miller, vengo a hablar con el chef.

Amanda sonríe ampliamente, con una sonrisa casi tan falsa como sus atributos físicos.

–El chef no está, niña. Además, perdona que te lo diga, pero no entiendo qué haces aquí.

El gesto de Amanda es de compasión, igual de falso que los demás.

–Quiero hablar con el chef.

–Esa parte ya la entendí, lo que no entiendo es: ¿para qué? Yo estaba ahí, Edward fue muy claro contigo.

–Lo sé, Mrs. Miller, pero…

–No pierdas tu tiempo, niña. Te he visto, tienes talento. Explótalo. Pon un puesto de tacos o algo así. Te irá bien.

La sonrisa de Amanda es tan grande como el gesto de sorpresa de Lucía.

–Vete.

Lucía está a punto de decir algo cuando Antoine sale de la cocina. Mira a ambas con sorpresa y corre hacia su amiga.

–Lulo, Amanda, ¿todo bien?

–Sí, gracias, Antoine. La niña ya se va.

–¿Hablaste con Edward? –Antoine parece ignorar a Amanda y mira a Lucía expectante.

–No está –Amanda le responde, sonriente, elevando un poco el tono de voz, obligándolo a verla–. Deja que se vaya, no me gusta que descuides la cocina.

Amanda sonríe de nuevo. Lucía la desafía con la mirada y eso parece divertirla aún más.

–Hasta luego.

Da la media vuelta y se va, meneando su cabello de manera casi antinatural.

–¡Maldita bruja!

–Ssssh… ¡Lulo! Cálmate. Te van a oír.

Lucía niega, con la rabia encendiendo sus mejillas.

–¿Sabes a qué me recuerda siempre que la veo? Al anís, un desagradable y largo trago de anís.

–El anís es delicioso –responde Antoine, reflexivo.

–Para mí no, su sabor me quema la garganta. No me gusta, es muy desagradable, como ella. ¡El mal rato que pasé y el chef no está!

–Por supuesto que está, Lulo. Pero Amanda no te dejó verlo.

Lucía hace el amago de golpear a alguien. Antoine la toma por los hombros y la quita del restaurante. El sol los deslumbra un poco.

–¿Por qué no me dejó verlo? ¿Por qué me odia tanto?

–No te odia, odia al mundo. Le gusta molestar, es todo. Así se divierte. No te lo tomes personal.

–Pues su diversión me parece muy estúpida. Claro, ella porque tiene su lugar asegurado aquí, pero, ¿y yo?

–No te apresures, *ma fille*. Probablemente no era el momento, cuando tenga que ser, será.

Lucía respira profundamente y lo mira con atención.

–Estás muy pálido. ¿Te sientes bien?

–Nada grave. Déjame hablar con Edward y lo buscas mañana, ¿sí? Yo te aviso.

Lucía asiente gradecida. Él le acaricia una mejilla. Se estremece.

–Antoine, estás muy frío. ¿Seguro te sientes bien?

Antoine le sonríe y le da un beso en la frente. Entra al restaurante dejándola sumida en sus pensamientos.

Amanda observa atentamente a Edward, mientras él revisa algo en su computadora. Amanda no puede dejar de notar lo guapo que se ha puesto su exmarido. Amanda lo recorre de pies a cabeza, fijando la mirada en

sus piernas. ¿Se comprará pantalones más chicos o de verdad sus muslos están creciendo tanto?

–¿Amanda?

Ella le sonríe mientras vuelve a mirarlo a la cara.

–Me distraje. ¿Me decías?

–Te preguntaba si necesitas algo.

–No, todo bien, ¿por qué la pregunta?

–Porque llevas ocho minutos aquí y no has dicho nada todavía.

Amanda voltea incómoda a la puerta. Regresa la mirada y se encoge de hombros.

–Quería estar contigo. ¿Qué haces?

–Leyendo una invitación.

–¿A dónde?

–Me invitan de juez a un programa de televisión: *El chef más grande del mundo*.

–Deberías aceptar.

Edward se encoge de hombros.

–No me gustan las cámaras.

–¡Por favor! ¡Edward! Es una gran oportunidad. Puedes robar nuevas ideas, darte proyección…

Edward la mira severo.

–¿Qué insinúas?

–¡No sé qué te pasa últimamente! Te la pasas encerrado, no has creado nada nuevo. No te interesa. Antes, por lo menos, salíamos a probar nuevos sabores, nos íbamos de viaje. No sé, Edward. Siento que estás muy a gusto en tu zona de confort.

–¿Y eso es necesariamente malo?

Amanda se levanta exasperada.

–¿Dónde es el programa de televisión?

–Los Ángeles.

–¡Vamos! Hagamos algo distinto, no sé.

Se acerca por la espalda y lo masajea. Edward se nota claramente incómodo. Ella lo acaricia hasta llegar a su pecho, recordando lo que le encantaba besarlo al estar completamente desnudo. Amanda hace un gesto de placer y sigue acariciándolo, sintiendo cómo eriza la piel de su exmarido. Se le acerca al oído.

–Vamos, cede un poco. Este no eres tú.

Edward reacciona y se levanta de la silla.

–¡En este me convertiste tú!

Amanda se queda helada. Tocan a la puerta y Edward se apresura a abrirla bruscamente. Se encuentra con Antoine, que mira confundido la escena. Amanda, claramente ofendida, se separa de la silla de Edward y se sienta al otro lado del salón. Él observa con atención a su viejo amigo.

–¿Estás bien? Te veo pálido.

–Sí, gracias. Edward, quiero hablar contigo.

–Adelante.

Antoine mira a Amanda y pasa.

–¿Puede ser en privado?

–¡Maldita sea!

Amanda se levanta y sale bruscamente de la oficina. Edward la mira severo y cierra la puerta, mientras Antoine se sienta en la silla que ocupaba Amanda.

–¿Interrumpí?

–¡Gracias al cielo! Ya sabes, Amanda siendo Amanda.

–A veces no entiendo del todo por qué la tienes aquí.

Edward relaja el gesto y se encoge de hombros.

–Tampoco yo. Dime. ¿De verdad te sientes bien?

–Sí, no es eso. Es sobre Lucía.

–¿Quién es Lucía?

–La chica que despediste el otro día y…

–No, no, no. Te detengo ahí. Antoine, no tengo tiempo. Discúlpame. Si es sobre eso, no lo quiero escuchar. Por favor.

Antoine, ofendido, se levanta con dificultad y se dirige a la puerta.

–Entonces mejor me voy.

–Como quieras.

Sale por la puerta y Edward se queda mirándola, distraído.

–Lucía…

Lucía prepara un té de limón en la cocina. Está muy nerviosa, tiene que hablar con su madre y decirle lo que está pasando. No le gusta mentirle, nunca lo ha hecho, excepto por las clásicas mentiras piadosas para ocultar un malestar o una calificación que podía mejorar. Su madre fue la mejor de todas.

A pesar de estar tantos años separadas, siempre estuvieron muy cerca. Coco nunca dejó de preocuparse por las calificaciones de su hija, que comiera bien, que tuviera amiguitos, que ningún muchacho le fuera a romper el corazón y, lo más importante, que no la necesitara tanto como ella a su hija.

Cuando era pequeña, le preguntaban cuál era su pertenencia más querida y ella respondía que dos: su medallita y el teléfono. Ambos la acercaban a Coco, la ayudaban a sentirla más cerca. El día más feliz de su vida sigue siendo cuando se mudó a Austin y vio a su madre en el aeropuerto, bajando las escaleras eléctricas. Se abrazaron con todas sus fuerzas y no se soltaron hasta que la tía Linda, la mejor amiga de su madre, les pidió hacerse a un lado para dejar pasar a los demás.

Linda es una mujer estadounidense que conoció a Coco en un estacionamiento, después de una fuerte pelea con su primer esposo. El primero de tres. Coco la consoló hasta que Linda le preguntó su historia. Coco le dijo que buscaba trabajo y ella le ofreció la limpieza de su casa, que aceptó por necesidad. Linda disfrutaba mucho cuando Coco se metía a la cocina y preparaba deliciosos platillos para ella y Emily, su pequeña hija,

de la misma edad que Lucía. Tiempo después, Linda le propuso abrir un restaurante de comida mexicana juntas.

Años después, y ahora en la búsqueda de su cuarto esposo, Linda se encarga de todo lo administrativo en el restaurante y Coco se encarga del sabor. Su conexión se hizo cada vez más fuerte y se volvieron inseparables.

Lucía la quiere mucho. Nunca terminará de agradecerle que, por ella, Coco tuvo una vida un poco más fácil después de tanto sufrimiento. Además, siempre se preocupó porque las dos estuvieran cerca y que no les faltara nada, aunque fuera ropa heredada de Emily. Años después, Linda ayudó a que Coco regularizara su situación migratoria, logrando regresar a México para visitar a sus padres y, sobre todo, llevarse a Lucía con ella. Linda también ayudó a que Lucía consiguiera sus papeles para poder viajar legalmente a Estados Unidos.

¿Será oportuno pasar unos días en Austin con su madre y su tía? Ben puede quedarse trabajando, alcanzarla un fin de semana y regresarse juntos. Esa puede ser una opción, mientras decide qué hacer. Porque, algo es seguro: nunca volverá a La Rochette.

El silbido del agua hirviendo en la tetera interrumpe sus recuerdos. Lucía se sienta en el sillón, con la taza de té en sus manos. Una rodaja de limón flota en ella, su abuela siempre decía que era mágica. Cuando enfermaba o sentía cualquier tipo de dolor, su abuela le daba un té igual. Y, en efecto, se sentía mejor como por arte de magia.

Ahora, tan lejos de casa, ese sabor tiene el mismo efecto. La tranquiliza y ayuda a poner su mente en orden, incluso más que el chocolate. El chocolate le recuerda a Ben, pero el sabor de limón la lleva a las calurosas tardes de domingo en el pueblo, cuando salía a caminar con su abuela y esta le compraba un helado, mientras esperaban a que el abuelo volviera a casa.

Lucía voltea a la cocina y ve la página de La Rochette en la Guía Michelin, enmarcada y colgada en la pared. Sonríe con tristeza. Fue un sueño muy bonito mientras duró, aún no entiende por qué tuvo que terminar así. Le duele saber que nunca más volverá a ver las mesas

redondas con manteles aperlados y ligeros motivos dorados, que hacen juego con la vajilla de un blanco tan puro que resalta cuando el tintineo de los cubiertos de plata choca en los platos. Los grandes arreglos florales y los meseros siempre alerta cuando un comensal necesita algo para, de inmediato, solicitarlo en la cocina.

¿Por qué Edward se habrá ensañado así con ella? ¿Será algo personal? Evidentemente no, no la conoce. Toda la tarde ha imaginado cómo hubiera sido la escena de ella hablando con Edward y dándole sus razones para regresar a trabajar a su restaurante. Todas terminaban igual: ella estrechando las grandes y varoniles manos de Edward, mientras él agradecía su regreso. Y siempre volvía a la realidad de la misma forma: ella, sola, cruzando Central Park desde la 52 hasta la 72.

Ni siquiera pudo verlo. Eso le duele más que todo. No tuvo la oportunidad de explicarle. ¡Estaba dispuesta a suplicar! Pero no fue así, Amanda se lo quitó. Ni siquiera sabe qué hace ahí. No sabe nada de cocina y, aunque diga que es la administradora, no cree que Edward deje que alguien más se encargue de su restaurante. Amanda sobra, no le interesa La Rochette.

Lucía suspira y mira su teléfono, mientras se sienta en el sillón de la sala. El té cumplió con su objetivo: se siente tan relajada que se le antoja una siesta con sabor a limón, solo unos minutos. Cuando despierte verá qué hacer.

Los minutos se convirtieron en horas y el día en noche. Lucía despierta justo cuando Ben entra por la puerta y enciende la luz.

–¡Hola, amor! ¿Estabas dormida?

Lucía sonríe con culpa y asiente.

–¿Cómo te fue? –Lucía se estira brevemente y se acomoda en el sillón.

–Muy bien. ¿Y a ti? ¿Hablaste con Mr. Miller?

–No pude, pero no importa. Lo haré después –la frialdad de sus palabras hace que Ben decida no preguntar más y asiente.

–¿Estás más tranquila?

–Muy. Me tomé mi té de limón y me sentí tan bien que me quedé dormida.

Ben se acerca y la besa. Se quita el abrigo, la corbata y desabotona su camisa. Lucía observa su bronceado pecho, cada vez más tonificado y sonríe.

–¿Qué pasa?

–Nada. Me gustas.

Ben se acerca sonriente y la besa apasionado. Se separan.

–¡Uf! Sabes a café.

–Pasé por uno antes de venir. Te escribí, a ver si querías algo.

–¡Estaba muerta!

–Ahora lo sé. Pero te traje una galleta.

Ben toma una galleta de avena de su maletín. Sus sentidos se despiertan desde que desenvuelve el paquete de papel y la observa: puede oler la avena, el chocolate y las nueces.

Finalmente Lucía la prueba y voltea a verlo.

–¿Son de la cafetería de tu oficina?

–Las que te conté, de Levain. ¿Verdad que son deliciosas?

–Muy. No tan dulces, pero el chocolate resalta mucho.

Le dedica una sonrisa mientras Lucía escucha que su celular está sonando. Es Antoine.

–Me llama Antoine.

–¿En serio?

–Sí, no sé qué quiera.

–¡Pues responde! Probablemente te tiene noticias de trabajo.

Lucía lo mira esperanzada y agradecida ante el interés de su novio, sonríe.

–Puede ser –Lucía acerca el teléfono a su oído y contesta–. ¿Hola? ¿Antoine?

Se queda helada. Ben lo nota y se sienta junto a ella.

–¿Qué pasa? –Lucía solo mira a Ben y niega–. ¿Dónde estás?

Ben la mira intrigado.

–Okey. Vamos para allá –Lucía cuelga el teléfono y le dice a Ben–. Mi amor, necesito que me acompañes por Antoine. Se siente mal, muy mal.

Ben asiente y se levanta.

–Paso al baño y nos vamos, ¿está bien?

Lucía asiente y camina hacia la recámara. Lo vio muy mal en la mañana, ¿por qué le hizo caso cuando le dijo que estaba bien?